

Mantenerse decente en una sociedad indecente



Tiempo de lectura: 26 min.

[Ian Buruma](#)

Crecer, como lo hice, en un país que había estado bajo ocupación nazi menos de una década antes de mi nacimiento, significaba tener muy claro quién había sido bueno y quién había sido malo. Donde vivía, en La Haya, nos negábamos a comprar dulces en un estanco local, porque la mujer que trabajaba detrás del mostrador había tenido un novio en el ejército alemán de ocupación. La carnicería de la esquina estaba prohibida, porque se rumoreaba que el dueño había sido colaborador nazi. La mayoría de nuestros maestros de primaria habían estado del lado de los ángeles, por supuesto, o eso decían. Este había sido un valiente resistidor al enviar soldados alemanes, preguntando por direcciones, por el camino equivocado. Ese había pinchado las ruedas de un vehículo del ejército alemán.

Sea cual fuere la verdad de estas afirmaciones y rumores, el criterio moral fundamental con el que crecimos fue la cuestión de si una persona había sido un resistente o un colaborador. Nos llevó un tiempo darnos cuenta de que quienes habían colaborado voluntariamente o se habían resistido activamente eran minoría: menos del diez por ciento en ambos casos, y había muchos más colaboradores que resistentes. La mayoría había mantenido un perfil bajo e intentado sobrevivir como pudo. Si les ocurría algo desagradable a otros, en particular a los judíos, era más cómodo apartar la mirada. Así se podía fingir que no se sabía nada.

Para quienes nacimos después de la guerra, era fácil juzgar con dureza tal comportamiento. Pero habría sido más sensato prestar atención a las palabras de Anthony Eden, ex primer ministro británico, en «El dolor y la compasión», la gran película de Marcel Ophüls sobre la colaboración francesa. Eden afirmó en un francés perfecto que no se atrevería a emitir un juicio moral sobre el trato francés a los antiguos colaboradores, ya que él mismo no había tenido la desgracia de vivir bajo una ocupación brutal.

Pero incluso si uno aprende a ser menos propenso a juzgar a los demás, las experiencias de la Segunda Guerra Mundial aún proyectan una sombra oscura y las cuestiones morales son inevitables, especialmente ahora que vivimos de nuevo en una época de creciente autocracia, persecución y violencia, permitidas por los líderes más poderosos del mundo. Si las personas pueden ser clasificadas como héroes o villanos me interesa menos que la cuestión de si una persona puede mantener la decencia en una sociedad indecente. ¿Es posible, además de unirse a la resistencia, que pone en riesgo la vida propia y la de los demás, permanecer incorrupto por un régimen criminal?

El filósofo israelí Avishai Margalit definió sucintamente lo que constituye una sociedad indecente en su magnífico libro *La sociedad decente*. En su opinión, una sociedad indecente es aquella cuyas instituciones oficiales están diseñadas para humillar a las personas, a menudo a una minoría. Una sociedad decente no es exactamente lo mismo que una sociedad civilizada. En palabras de Margalit, «una sociedad civilizada es aquella cuyos miembros no se humillan entre sí, mientras que una sociedad decente es aquella en la que las instituciones no humillan a las personas».

Una sociedad gobernada por nazis, estalinistas, maoístas u otros gobernantes que aspiran al control totalitario es, por supuesto, más que simplemente indecente. Mientras uno pueda expresar libremente sus opiniones críticas sin ser asesinado o encarcelado, es posible mantener la decencia. Los verdaderos dilemas morales surgen cuando el sustento, o incluso la vida, de una persona depende de su disposición a cooperar con un Estado indecente. Donde no hay elección, el dilema es menor.

Una de las decisiones que enfrentan las personas en una dictadura empeñada en la humillación, o algo peor, es quedarse o irse. No todos tienen este lujo, por supuesto. Mudarse a otro país siempre es difícil, y para muchos impensable. La mayoría de los

países no te dejarán entrar sin dinero, documentos, perspectivas de trabajo, conocimientos lingüísticos, etc. Quienes intentan irse de todos modos a menudo terminan muertos o en campos de concentración en condiciones atroces. Y todo esto depende de si se les permite salir en primer lugar. Se hizo todo lo posible para dificultar enormemente la salida de los judíos de la Alemania nazi en la década de 1930. Una vez que los alemanes ocuparon la mayor parte de Europa, se volvió completamente imposible. Menos de una década después, el Telón de Acero, que no era solo una metáfora, se diseñó para impedir que la gente abandonara los estados comunistas.

02

Estas son cuestiones prácticas. Pero suponiendo que una persona sea famosa, rica o tenga suficientes contactos como para irse, también existe una cuestión moral. En el caso de la Alemania nazi, pero también de la Unión Soviética, China, Rusia o cualquier país bajo un régimen dictatorial, invariablemente se abre una brecha entre quienes se van y quienes, por la razón que sea, deciden quedarse. Thomas Mann, hostil a los nazis y casado con una judía, huyó de Alemania en cuanto Hitler llegó al poder en 1933, primero a Suiza y después a Estados Unidos. Tras conocer la horrorosa magnitud de los crímenes nazis, Mann declaró en la radio de la BBC que «todo lo alemán, todo aquel que habla alemán, escribe alemán, ha vivido en Alemania [la cursiva es mía], se ha visto implicado en este desenmascaramiento deshonesto». Continuó afirmando que todos los libros publicados durante el Tercer Reich apestaban a «sangre y vergüenza» y debían ser desguazados.

Esto no sentó bien a los escritores que se habían quedado en Alemania pero no habían sido nazis, quienes, a su parecer, habían intentado mantener una buena reputación. El novelista Frank Thiess se tomó la crítica de Mann como algo personal. Respondió acuñando el término «emigración interior». Vivir los momentos más oscuros en casa y protegerse del estado criminal refugiándose en la intimidad era sin duda más heroico, argumentaba, que sermonear a sus compatriotas desde la comodidad del exilio californiano.

Un conflicto similar surgió de los horrores de las políticas de Vladimir Putin en Rusia. Cientos de miles de rusos han abandonado su país; algunos, como Thomas Mann en 1933, porque habrían sido arrestados si se hubieran quedado, otros porque consideraban intolerable la vida bajo el régimen autocrático y beligerante de Putin, y otros para evitar verse comprometidos por él. El director de cine Kirill

Serebrennikov, por ejemplo, quería quedarse en Rusia a pesar del acoso constante del gobierno. Pero el ataque a Ucrania fue la gota que colmó el vaso. «Esta guerra», declaró, «la libran un presidente y políticos a los que no voté, pero a ojos de muchos, soy su cómplice involuntario».

El campeón de ajedrez y activista político Gary Kasparov, quien abandonó Rusia en 2013, declaró que los rusos que desean estar «en el lado correcto de la historia deberían hacer las maletas y abandonar el país». Quienes no lo hagan, dijo, «forman parte de la maquinaria bélica». Y, sin embargo, algunos de los que han optado por quedarse son, sin duda, personas decentes. El periodista Dmitry Muratov ganó el Premio Nobel de la Paz en 2021 por su esfuerzo por defender la libertad de expresión en Rusia. Ha criticado abiertamente la guerra de Putin. Su periódico, Novaya Gazeta, ahora se publica en línea desde el extranjero. Pero se niega a abandonar Moscú, donde algunos de sus antiguos colegas del periódico siguen viviendo: «Trabajaremos aquí hasta que el cañón frío de una pistola toque nuestras frentes calientes».

Una figura como Muratov probablemente no habría sobrevivido en la Alemania nazi. Como mínimo, se habría visto obligado a permanecer en silencio. Sin embargo, la emigración interna puede adoptar diferentes formas. Algunos escritores y artistas continúan trabajando, aunque logran evitar ser herramientas de propaganda. Muy pocos japoneses abandonaron su país cuando estaba gobernado por autócratas militares que desataban guerras por toda Asia en las décadas de 1930 y 1940. Para la mayoría de los japoneses, el exilio en el extranjero era difícil de imaginar. Algunos escritores, como Nagai Kafū, se negaron a publicar durante la guerra. Otros evitaron ser propagandistas concentrándose en temas históricos u ofreciendo entretenimientos inofensivos. En 1941, el gran director de cine Mizoguchi Kenji realizó *The 47 Ronin*, un largometraje sobre una famosa leyenda samurái. Podría interpretarse como una obra patriótica, pero sin respaldar el régimen ultranacionalista.

Varios artistas famosos que continuaron trabajando en la Alemania nazi afirmaron que la alta cultura clásica los elevó por encima de la naturaleza criminal del régimen de Hitler. El actor Gustav Gründgens estaba feliz de dirigir el Teatro Estatal Prusiano bajo los auspicios de Hermann Göring. Representaba allí los clásicos alemanes con la creencia —afirmaría más tarde— de que su teatro era una especie de oasis aislado de los terrores del estado nazi. Wilhelm Furtwängler, quizás el mejor director de orquesta de su tiempo, podría haber abandonado Alemania fácilmente después

de 1933. Se negó a hacerlo por la misma razón que Thomas Mann eligió el exilio. Mann afirmaba que la alta cultura alemana lo acompañaba a donde él iba. El exilio era la única forma ética de mantenerla viva. Furtwängler también se consideraba el guardián de la alta cultura, pero sentía que su arte se marchitaría fuera de su país natal. En respuesta a las críticas de Arturo Toscanini, quien afirmó que «todo aquel que dirige en el Tercer Reich es un nazi», Furtwängler declaró: «Personalmente, creo que para los músicos no hay países libres y esclavizados. Los seres humanos son libres dondequiera que se interpreten obras de Wagner y Beethoven, y si no lo son al principio, lo son al escuchar estas obras. La música los transporta a regiones donde la Gestapo no puede hacerles daño».

Esto fue asombrosamente ingenuo y bastante egoísta. Pero ¿era indecente? ¿Comprometía a Furtwängler? Dado que la intención de Joseph Goebbels era exhibir la alta cultura alemana, e incluso el entretenimiento popular, para demostrar la naturaleza civilizada del Tercer Reich, se podría decir que cualquiera que lo ayudara en este empeño era cómplice. Furtwängler se negó a afiliarse al partido, a diferencia, por ejemplo, de Herbert von Karayan, quien tenía un rango de las SS, y protegió a algunos músicos judíos. Siguió siendo un hombre decente, pero se vio obligado a actuar para el cumpleaños de Hitler, y su trabajo como director de orquesta ciertamente mantuvo la apariencia de que la cultura bajo el régimen nazi aún prosperaba.

El caso de Erich Kästner fue aún más complicado. No solo era el autor de Emil y sus detectives , un célebre libro infantil que apareció en 1928, sino también de una novela antinazi, Fabián: La historia de un moralista , en 1931. Sus libros fueron arrojados al fuego durante la notoria quema de libros de 1933. A Kästner, que detestaba a los nazis, se le prohibió publicar. Pero estaba decidido a quedarse en Berlín; se negó a dejar que los nazis lo expulsaran de su propio país. Y no quería dejar a su madre, a la que sentía devoción. Un buen hombre, sin duda. Sin embargo, necesitaba trabajar. Cuando le pidieron que escribiera un guion cinematográfico para el estudio UFA bajo seudónimo, aceptó con presteza. Munchausen , estrenada en 1943, no es una película de propaganda, sino una brillante representación de la historia del barón von Münchhausen, el escritor de fantasía del siglo XVIII. Goebbels quería que la película fuera más suntuosa, más lograda, más brillante técnicamente que cualquier otra producida en Hollywood. Filmada en glorioso color Agfa, presentó a muchas de las principales estrellas de cine que aún permanecían en Alemania. No solo no había rastro de propaganda nazi; Kästner incluso logró colar algunas líneas

que cualquiera que prestara atención podría interpretar como pullas contra los nazis. En una escena, un mago malvado, rebotante de malicia, le sugiere a Munchausen que invadir Polonia les daría un poder incalculable. Cuando Hitler se dio cuenta de quién había escrito el guion, estalló en furia y se aseguró de que Kästner no volviera a trabajar.

Y, sin embargo, Kästner, al igual que Furtwängler, había cooperado con Goebbels en su objetivo de pulir la imagen del Tercer Reich con arte y entretenimiento de alto nivel. Esto no lo convirtió en un colaborador activo del nazismo. Se puede excusar su comportamiento, aunque sea difícil de justificar. Pero aun así, estaba comprometido.

03

Si esto era cierto para los artistas alemanes, que eran hombres decentes e incluso hostiles a los nazis, ¿qué pensar de los artistas y artistas franceses que continuaron trabajando bajo la ocupación alemana? Sartre publicó libros y representó obras de teatro. Dior diseñó vestidos, Mistinguett cantó canciones, Henri-Georges Clouzot dirigió películas (algunas muy buenas), etc. Su principal excusa para hacerlo no era muy distinta a la de Furtwängler: querían demostrar que la cultura francesa seguía viva, a pesar de la humillación de la ocupación nazi. Esto era, de hecho, un motivo de orgullo. Algunos incluso lo vieron como una señal tácita de resistencia.

Pero no todos. Jean Guéhenno era profesor y un crítico literario muy estimado. En lugar de someterse a la censura nazi, decidió que el silencio era la única respuesta decente para un escritor francés. Explicó sus razones en el invaluable diario que mantuvo durante los años de ocupación, publicado como *Diario de los Años Oscuros*. Escribió (según mi traducción): «¿Qué pensar de los escritores franceses que, para no ser injustos con las autoridades de ocupación, deciden escribir sobre cualquier cosa que no sea lo único en lo que piensan todos los franceses; o peor aún, que, por cobardía, respaldan el plan de los ocupantes para que parezca que todo en Francia sigue igual?».

El diario de Guéhenno es sabio, ingenioso y mordaz con respecto a sus colegas escritores, incluyendo algunos muy famosos, como Paul Valéry y Henry de Montherlant. «Incapaz de permanecer oculto por mucho tiempo», escribe, este tipo de figura literaria «vendería su alma solo para mantener su nombre impreso». Valéry no escribió poemas propagandísticos, sin duda, pero se mantuvo a salvo

apegándose a temas mitológicos para entretener a sus lectores. Aun así, escribe Guéhenno, «si lo único que puedes hacer es divertirnos, mejor cállate».

Una postura tan firme era más difícil de mantener para quienes dependían de su pluma o su arte para ganarse la vida. Guéhenno aún podía dar clases en un liceo. Pero tenía sentido en un país sometido a una ocupación extranjera decididamente indecente. En un estado totalitario, ni siquiera la opción de guardar silencio suele estar abierta a la gente. Cuando el presidente Mao gobernaba China, se hizo todo lo posible para que todos fueran cómplices de los crímenes de Estado. Se obligó a la gente a emprender campañas asesinas contra «derechistas», «desviacionistas», «revisionistas burgueses» y otros «enemigos de clase». Durante la Revolución Cultural, muchos chinos fueron a la vez perpetradores y víctimas de una violencia terrible, según la situación. Para artistas, intelectuales y escritores, callar no era realmente una opción: se vieron obligados a alabar la infinita sabiduría de Mao y a ensalzar la línea del partido. Los escritores que aún aspiraban a mantener la decencia y se esforzaban por no ceder, a menudo terminaban asesinados. Uno de los grandes escritores chinos del siglo XX, Lao She, quien se negó a escribir propaganda, fue torturado hasta la muerte (lo llamaron suicidio) durante la Revolución Cultural, acusado de ser un supuesto «contrarrevolucionario». Haber sido un Erich Kästner, y mucho menos un Jean Guéhenno, en la China de Mao habría sido imposible.

Stalin, a quien Mao admiraba mucho, podía ser igual de asesino. La humillación deliberada de ciertas categorías de personas, incluyendo en ciertos períodos a los judíos, convirtió a la Unión Soviética bajo Stalin en un estado manifiestamente indecente. Sin embargo, existen ejemplos de figuras públicas que, a pesar de todo, mantuvieron su decencia, aunque casi siempre con ciertas concesiones si deseaban sobrevivir.

Dmitri Shostakovich no habría podido componer su música bajo el gobierno de Mao. (El pianista y compositor chino Liu Shikun fue encarcelado durante ocho años en 1967 por tocar música clásica occidental; los guardias disfrutaban especialmente golpeándole los brazos y las manos). De hecho, Shostakovich fácilmente podría haber desaparecido en el gulag en diferentes momentos de su vida. Fue denunciado en 1936, después de que Stalin abandonara su ópera Lady Macbeth de Mtsensk. Cuando Pravda lo acusó de componer un «desorden en lugar de música» y de traicionar el «arte soviético», sus amigos lo abandonaron y sus antiguos admiradores no tardaron en amontonar acusaciones. Un año después, fue llevado a

la sede de la NKVD, la «Gran Casa», donde lo interrogaron y lo presionaron para que denunciara a un amigo cercano. Solo la suerte de que su interrogador fuera arrestado repentinamente salvó al compositor.

En 1948, Shostakovich fue una de las víctimas de un decreto contra la «degeneración burguesa». Su música fue atacada por su «formalismo». Una vez más, muchos antiguos amigos y colegas, aterrorizados por la contaminación, se volvieron contra él. Se vio obligado a arrepentirse de sus pecados estéticos y políticos. Sus puestos de profesor fueron cancelados y consideró el suicidio. Para compensar y alimentar a su familia, prometió componer música exclusivamente para el pueblo y compuso música para películas de propaganda y odas en alabanza a Stalin.

Y, sin embargo, a pesar de las amenazas a su vida y sustento, Shostakovich también continuó componiendo música seria y siguió siendo un hombre decente. Hay muchos ejemplos de valentía y bondad personal, registrados en el libro de Elizabeth Wilson, *Shostakovich: A Life Remembered*. Un joven compositor llamado Isaac Schwartz, cuyos padres habían sido arrestados como «enemigos del pueblo», fue tomado bajo el ala de Shostakovich. El compositor incluso pagó en secreto su educación. En el apogeo de la campaña antiformalista, Schwartz recibió la orden de su conservatorio de denunciar públicamente a Shostakovich como un mal profesor. Él se negó a hacerlo. Cuando Shostakovich se enteró de esto, se conmovió, pero le dijo a Schwartz que nunca debería haber corrido tal riesgo; tenía una esposa e hijos pequeños en los que pensar. «Si me critican, entonces que me critiquen, ese es mi asunto». Cuando Stalin persiguió a los judíos en la vida pública para purgar a los “sionistas” y a los “cosmopolitas desarraigados” a finales de la década de 1940, Shostakovich defendió a los músicos judíos y compuso un ciclo de canciones judías, titulado *De la poesía popular judía*, que se interpretó en público sólo después de la muerte de Stalin.

Shostakovich probablemente podría haber abandonado la Unión Soviética en algún momento, pero decidió quedarse. Sabía que para sobrevivir y seguir componiendo, incluso piezas que no podían interpretarse en aquel momento, debía hacer ciertas concesiones. Por eso aceptó realizar trabajos de baja calidad para apaciguar a Stalin. A ojos de artistas rusos que habían podido vivir en el extranjero, como Ígor Stravinski, estas pequeñas concesiones lo mancharon. Esto culminó en uno de los episodios más humillantes de la vida del compositor.

En 1949, apenas un año después de ser denunciado como «formalista», Shostakovich fue enviado por Stalin a representar a la Unión Soviética en el Congreso Mundial de la Paz en Nueva York. Temblando de nervios, encendiendo un cigarrillo tras otro, tuvo que leer una declaración preparada criticando a compositores como Stravinsky y Schoenberg (a quienes, de hecho, admiraba) por su complicidad con la decadente cultura burguesa occidental. También se vio obligado a expresar su gratitud al Partido Comunista por corregir sus propios errores. Esta lamentable actuación fue un castigo diseñado para humillar a Shostakovich en público.

Pero la brecha entre quienes se quedaron en la Unión Soviética y los rusos que vivían en el extranjero se hizo dolorosamente evidente cuando le pidieron a Stravinsky que firmara un telegrama de bienvenida a Shostakovich y otros artistas a Estados Unidos. Respondió que no podía «unirse a quienes daban la bienvenida a los artistas soviéticos», ya que todas sus convicciones éticas y estéticas se oponían a tal gesto. También rechazó una invitación a participar en un debate público con Shostakovich, sin duda para alivio de este último. Stravinsky declaró: «¿Cómo puedes hablar con ellos? No son libres. No se puede discutir en público con personas que no son libres». Decir que Stravinsky tenía razón no significa decir que Shostakovich fuera indecente. Pero sí señaló los compromisos que una persona tenía que aceptar si elegía (siempre que hubiera alguna opción) vivir en una dictadura brutal.

04

La Unión Soviética de Stalin y la China de Mao son ejemplos extremos de opresión. Hubo períodos en ambos países, así como en los estados comunistas periféricos, en los que escritores y artistas podían producir arte serio, libre de la propaganda oficial, pero a menudo tenían que hacerlo como Erich Kästner escribió su guion para Munchausen, lleno de insinuaciones subversivas que exigían una lectura entre líneas. Durante la Primavera de Praga de la década de 1960, los escritores y cineastas checoslovacos apenas necesitaron hacerlo. Pero una vez que esa relativa libertad fue aplastada por los tanques soviéticos y de Alemania Oriental, surgió allí también la misma cuestión: quedarse y someterse a las indignidades de la denuncia pública y la censura, o marcharse.

Una vez más, la opción de irse solo estaba al alcance de unos pocos, y cruzar el Telón de Acero era arriesgado. Pero quienes dieron el salto a la mayor libertad de

Occidente aún tuvieron que ganarse la vida en países extraños y no siempre hospitalarios. Milan Kundera triunfó en París, pero fue rechazado por muchos que se habían quedado en casa. De los grandes cineastas checos, Jiří Menzel optó por quedarse, pero a costa de que su obra fuera prohibida o de una calidad muy reducida. Nunca volvió a hacer nada tan bueno como sus Trenes rigurosamente vigilados .

Miloš Forman e Ivan Passer llegaron a los Estados Unidos. Forman de alguna manera se las arregló para seguir haciendo películas maravillosas dentro del sistema de Hollywood. La sátira de algunos de sus trabajos estadounidenses (Taking Off , One Flew Over the Cuckoo's Nest , The People vs. Larry Flynt) es tan mordaz como sus películas checas. Fue un sobreviviente en ambos lados de la Cortina de Hierro. Pero operar dentro de la industria del entretenimiento estadounidense exige sus propios compromisos, que tienen menos que ver con la decencia relativa que con las demandas del mercado. A Forman le preguntaron sobre esto a menudo. Su respuesta siempre fue que prefería las restricciones comerciales a la censura política. Había dejado su país porque en su opinión el comunismo «humilla tu orgullo, porque te obliga a torcer voluntariamente la columna vertebral». Si se hubiera quedado en Praga, habría tenido que dejar de hacer películas o conformarse y «cagar directo en mi boca». En Hollywood, dijo, «financiar lo que los 'hombres de dinero' consideran no comercial puede ser un problema, no una prohibición». Comparó la vida en una sociedad comunista con estar encerrado en un zoológico. Te alimentan, pero estás encerrado en una jaula. Estados Unidos era más como una jungla: «Eres libre de ir a donde quieras, pero todos ahí fuera intentan matarte». Está claro cuál prefería. Pero, por supuesto, el conformismo comercial también tiene un precio, como expresó Passer, quien tuvo menos éxito en Estados Unidos que Forman. Passer dijo una vez que solo él podría haber hecho sus películas checas de los años sesenta, mientras que sus películas estadounidenses podrían haber sido dirigidas por cualquier director de estudio competente.

Es válido preguntarse si una sociedad autoritaria, comunista o de derechas, es siempre indecente. No todas humillan ni persiguen a las minorías. Forman argumentaría que los gobiernos comunistas humillaban a todos sus ciudadanos al obligarlos a someterse, no solo física sino también mentalmente. Vaclav Havel, en su famoso ensayo sobre «vivir en la verdad», escribió sobre cómo la gente tenía que repetir las mentiras oficiales a sabiendas de que eran mentiras: «Nos enfermamos moralmente porque nos acostumbramos a decir algo distinto de lo que

pensábamos». La única ventaja relativa de vivir en una dictadura de derechas o militar es que una persona tiene más posibilidades de permanecer en silencio.

La humillación de tener que repetir falsedades afecta más a las figuras públicas, como escritores y artistas, que al ciudadano medio. Pero la complicidad a la que a menudo se obliga a la gente afecta a todos. Uno de los ejemplos más perversos de la opresión comunista en Europa fue la República Democrática Alemana; perverso porque muchos ex refugiados del Reich de Hitler veían a la RDA como la buena Alemania, la Alemania antifascista. No muchos escritores judíos alemanes regresaron a la mitad occidental democrática de Alemania. Alfred Döblin fue un caso inusual, y nunca se sintió a gusto allí. Bastantes judíos regresaron a la RDA; Stephan Hermlin y Stefan Heym son los ejemplos más famosos.

Pero aunque muchos ex nazis seguían prosperando en Occidente, a veces en altos cargos, el Este replicaba algunos de los métodos opresivos del Tercer Reich. La policía secreta de Alemania Oriental, la Stasi, era más omnipresente en la vida cotidiana que la Gestapo. No había campos de exterminio en la RDA, y la retórica giraba en torno a la igualdad, la fraternidad y la paz mundial. Se evitaba la brutalidad estatal manifiesta, salvo que fuera estrictamente necesario, por ejemplo, en casos de intentos de fuga por encima del muro. Sin embargo, era habitual que la Stasi interrogara a personas. La conversación podía derivar hacia los hijos de alguien que deseaba ir a una escuela decente. Esto se podía arreglar, por supuesto, pero a cambio la persona estaba obligada a asistir a charlas regulares para informar sobre lo que sus amigos decían del Estado. Al cumplir, la persona decente se volvía indecente, denunciando a amigos e incluso a familiares cercanos.

El caso de Heiner Müller, el famoso dramaturgo, demuestra cómo esto podía sucederle incluso a los mejores. Nació en 1929. Su padre era socialdemócrata y estuvo encerrado un tiempo en un campo de concentración por los nazis. Pero Müller se unió a las Juventudes Hitlerianas, como la mayoría de los chicos de su edad. Después de la guerra, la familia vivió en la Alemania ocupada por los soviéticos. Eran socialistas, pero en 1951 los padres y el hermano menor de Müller decidieron mudarse a la mayor libertad de Occidente, cuando aún era fácil hacerlo. Müller permaneció en Berlín Oriental y se convirtió en un escritor de éxito. Pero a menudo se metía en problemas con el partido. Sus obras de teatro a veces eran prohibidas. Protestó contra la opresión y la emigración forzada de los disidentes. Y, sin embargo, permaneció leal a la RDA, como la mejor Alemania, la antifascista.

Müller era, a todas luces, un hombre decente. Tras la caída del Estado comunista en 1989, se encontraron documentos en los archivos de la Stasi que sugerían que Müller había sido informante secreto desde 1979, e incluso posiblemente había participado en la denuncia de un colega escritor. Müller respondió que nunca había firmado ningún documento ni puesto nada por escrito, pero admitió su ingenuidad al no darse cuenta de que las conversaciones con agentes de la Stasi lo clasificarían como «informante informal». Quizás fue ingenuo. Quizás fue coaccionado por motivos personales. En este caso también debe tenerse en cuenta la negativa de Anthony Eden a aceptar una justicia inmerecida. Pero, como mínimo, demuestra lo difícil que es navegar bajo las presiones de un Estado indecente.

05

Todos los ejemplos anteriores se refieren al comportamiento de las personas en sociedades donde la libertad de expresión está gravemente limitada o es inexistente. ¿Qué ocurre con un Estado indecente que aún conserva libertades que las personas en las democracias liberales daban por sentadas, como elecciones libres, libertad de prensa y cierto grado de independencia judicial? Consideremos dos países de nuestra época. Puede que no sean los únicos ejemplos, pero actualmente son los más destacados: Israel y Estados Unidos. Bajo el gobierno de Benjamín Netanyahu, Israel, aunque sigue siendo un Estado democrático, ha adoptado la definición de indecencia de Avishai Margalit, según la cual las instituciones oficiales diseñan políticas para humillar a las personas y a las minorías. Su gabinete incluye hombres cuyas opiniones sobre los palestinos son violentamente hostiles. El ministro de Seguridad Nacional, Itamar Ben-Gvir, ha sido condenado en numerosas ocasiones por incitar al odio racial. Matar a más de cuarenta mil personas en Gaza en represalia por la terrible violencia contra los judíos del 7 de octubre de 2023 fue menos una consecuencia inevitable de la guerra que un acto de brutal venganza. Los palestinos que viven en Cisjordania han sido sometidos a humillación institucional durante décadas. Decir que se cometen atrocidades peores en Sudán o el este del Congo es infundado, precisamente porque Israel sigue siendo una democracia.

Como resultado, muchos israelíes han abandonado su país. Sin embargo, sería un error afirmar, como han hecho algunos comentaristas, que quienes se quedan son cómplices de los crímenes de Estado, pues aún es posible ser un israelí decente. Uno de ellos es el novelista David Grossman. Su ficción y sus escritos políticos son

obras de gran humanismo. Ha protestado enérgicamente contra las políticas crueles y degradantes de su propio gobierno contra la población palestina. Denuncia con regularidad los abusos oficiales. Sin embargo, sigue viviendo en casa, donde siente que pertenece. A pesar de todos sus defectos, todavía cree que su país, fundado por sobrevivientes de asesinatos en masa y persecución, tiene derecho a existir y a defenderse. Esta no es una postura indecente. No obstante, ha sido acusado por ciertos «antisionistas» fuera de Israel de ser un apologista del genocidio. Cuando los ciudadanos todavía pueden hablar libremente, incluso si tienen que sufrir la ira de su gobierno y de algunos de sus compatriotas, se los debería honrar por alzar sus voces críticas y no encontrarlos culpables por asociación.

El gobierno estadounidense de Donald Trump está haciendo todo lo posible para construir un estado indecente. Los inmigrantes son insultados por el propio presidente y amenazados con arrestos y deportaciones. Algunos residentes permanentes ya han sido encarcelados por expresar opiniones que el gobierno desapruera; protestar contra la guerra israelí en Gaza puede ser razón suficiente. Las agencias gubernamentales de las que dependen grandes cantidades de personas para su salud o incluso para sus vidas son tildadas de «criminales» y destruidas. El lema de Havel de «vivir en la verdad» se ve sistemáticamente socavado por las exigencias de que hombres y mujeres en puestos gubernamentales de liderazgo repitan mentiras: las elecciones de 2020 fueron «amañadas», los alborotadores del Capitolio eran «patriotas». La independencia del poder judicial se ve perjudicada al nombrar aduladores que prometen enjuiciar a los opositores políticos del presidente. Los periodistas son denunciados como «enemigos del pueblo».

Pero el estado indecente en Estados Unidos aún no es una dictadura. La prensa aún tiene libertad para informar y publicar opiniones críticas. Aún hay jueces independientes. Habrá elecciones, a menos que Trump esté dispuesto a provocar una crisis constitucional. Y hay un gran partido de oposición. Todo esto podría colapsar con el tiempo, por supuesto. Una forma de hacerlo más probable es comportarse como si Estados Unidos ya fuera una tiranía. Ceder a demandas irracionales y a veces ilegales sin ser obligado a hacerlo solo puede fortalecer los impulsos indecentes de los líderes gubernamentales con intenciones autoritarias. Esto se ha llamado «obediencia anticipada». En lugar de resistir ataques irrazonables a su trabajo periodístico, las empresas de medios pagan grandes cantidades de dinero a un gobierno hostil para evitar ser demandadas. Los bufetes

de abogados han hecho lo mismo. Los dueños de periódicos ordenan a los editores que se moderen al atacar al presidente. Los políticos se entregan a lo que en la Alemania nazi se llamaba «trabajar para el Führer»: buscar complacer al líder anticipando sus deseos más descabellados: la cara de Trump en el Monte Rushmore, un tercer mandato presidencial. Corporaciones, universidades e incluso el ejército estadounidense, presas del pánico, revisan a fondo sus registros, comunicaciones y currículos académicos para eliminar cualquier cosa que pueda despertar la ira del presidente y sus secuaces. Si antes la ideología «woke» se utilizaba a menudo en muchas de esas mismas instituciones para reprimir la libertad de expresión, la cruzada anti-woke de la extrema derecha es aún más peligrosa, ya que cuenta con el respaldo del Estado. Las universidades se ven privadas de miles de millones de dólares en fondos federales si se niegan a dejar que el gobierno decida qué se debe enseñar y quién debe impartir la docencia. Que Harvard haya decidido contraatacar y demandar a la administración Trump es una buena señal. Se espera que otros sigan su ejemplo.

Luego está esa otra respuesta psicológica inevitable ante cualquier estado indecente: la emigración interna, la tentación de cuidar solo el jardín privado, de aislarse del ruido de la policía, de negarse a prestar atención a las noticias. Hubo más manifestaciones cuando Trump fue elegido en 2016. Que la naturaleza mucho más radical de la segunda venida de Trump haya encontrado menos resistencia hasta ahora podría deberse a varias razones: una sensación de indiferencia, un Partido Demócrata atontado, la falta de un enfoque que pudiera movilizar a la gente a las calles, o un temor justificado de que las manifestaciones masivas provoquen violencia estatal sin hacer mucho para disuadir el extremismo de Trump.

Pero si la emigración interna es excusable en una dictadura, donde hablar abiertamente conlleva peligros letales, hay pocas excusas cuando la expresión aún es libre. La obediencia anticipada no es la manera de mantenerse decente. Los ciudadanos deben protestar, como puedan, contra los intentos de dismantelar las instituciones que protegen una democracia liberal, especialmente cuando los hombres y mujeres que las dirigen, incluido el propio presidente, las utilizan para humillar a la gente. Si los ciudadanos no lo hacen mientras aún pueden, sin arriesgarse a la cárcel o la deportación, merecerán un juicio mucho más severo de las generaciones futuras que el que Anthony Eden estaba dispuesto a imponer a los franceses.

Publicado originalmente en <https://libertiesjournal.com/articles/staying-decent-in-an-indecent-society/>

Publicado el [18 de julio de 2025](#) por [rafaeluzcategui](#)

<https://rafaeluzcategui.blog/2025/07/18/ian-buruma-mantenerse-decente-en-una-sociedad-indecete/>

[ver PDF](#)

[Copied to clipboard](#)